



CAPÍTULO SEGUNDO

PARTIERON: en una dirección Magda, que acompañada de las mujeres que lloraban, regresaba á Poguembin. En dirección opuesta el tren que llevaba á lo desconocido bayonetas y fusiles: Bartek, que también era llevado á lo desconocido. Y Bartek dejó que vagaran sus ojos sobre cuanto podía ser visto de lejos: el campanario de la iglesia y la obscura masa de los altos álamos. Desaparecieron los álamos, y el campanario perdióse en el azul del cielo. Entonces profunda tristeza em-

bargó el ánimo de Bartek: presentía su desgracia. Empezó á examinar al cabo. Este debía saber los acontecimientos futuros. El cabo inmóvil chupaba la pipa. No eran las miradas de Bartek las únicas que ansiosas se fijaban en él: lo propio hacían cuantos hombres llenaban el vagón.

En sus campos los payeses, para regular el trabajo, piensan y obran con absoluta libertad. En el caso presente no sucedía así. El cabo era el acaparador de los pensamientos y el dueño de las voluntades. Si mandaba mirar á la derecha, debían mirar á la derecha: si mandaba á la izquierda, á la izquierda.

¿Qué acontecimientos se preparaban?

Aquel cabo infeliz no sabía ni un ápice más que los soldados, y se considerara dichosísimo si algún jefe superior le pudiera dar los informes tan deseados. Los hombres no se atrevían á decir palabra, pues era «tiempo de guerra.» Ignoraban lo permitido y lo prohibido. Les hablaron del *Kriegsgericht* (Consejo de guerra). No sabían lo que tal palabra significa, y por esta razón les causaba doble terror.

Llegaron á comprender que en aquellas circunstancias el cabo era más indispensable que en las últimas maniobras militares, realizadas en los alrededores de Posen. El pensaba por todos, y sin él nadie osara ni siquiera moverse.

Es probable que para encender la pipa el mosquete molestara al cabo, y lo alargó á Bartek, quien se apresuró á cogerlo, irguiéndose y mirando al cabo con encantados ojos. Sentíase conmovido por la atención del jefe.

Al llegar á la primera estación se reanudaron los cantos; el cabo parecía enojado. Se movía, murmuraba, agitábase cual deseando mostrar á los superiores incansable actividad. Púsose el tren en marcha, y otra vez quedó silencioso, inmóvil, pues también para él tenía la vida dos aspectos: uno alegre, feliz: su casa, su esposa, la región; otro sombrío, terrible: Francia y la guerra.

De vez en cuando paraba el tren y le enganchaban nuevos coches, largos convoyes llenos de caballos. Por las ventanillas asomaban los cascos de los hulanos y las bayonetas de la infantería.

Anochece. El sol escondíase entre purpúreas nubes. El tren no volvió á detenerse; corrió veloz siempre adelante hacia las nubes rojas. Pasaban los pueblos; ciudades, iglesias, todo desaparecía confundido con los arreboles del cielo. Los soldados empezaron á cuchichear alentados porque el cabo, habiendo puesto la mochila bajo la cabeza, quedóse dormido, guardando entre dientes la pipa de porcelana. Voitek, un hombre de Poguembin, sentado al lado de Bartek, dióle un codazo.

—¡Bartek! ¡escucha!...

Bartek con cierta inquietud volvió hacia el interlocutor sus asombrados ojos.

—¿Por qué me miras como ternera arrastrada al matadero? Cierto es, pobre viejo, que también eres llevado á la muerte.

—¡Oh! ¡Oh! gimió Bartek.

—¿Tienes miedo? preguntó Voitek.

—¿Y por qué no tendré miedo? le contestó Bartek.

El rojo que teñía el Occidente aumentaba su luminoso vigor. Voitek mostróselo con la mano diciendo:

—¿Ves aquella claridad? ¿Sabes qué es, estúpido Bartek? Pues bien, es sangre. Aquí se extiende Polonia, nuestra patria, y allá, lejos, muy lejos, donde ves este rojo de sangre, es Francia.

—¿Llegaremos pronto?

—¿Tienes prisa? Dicen que dista mucho, pero no lo creas; los franceses saldrán á recibirnos...

Bartek quedó sumido en profunda reflexión, y luego preguntó:

—¿Voitek?

—¿Qué?

—Dime, ¿qué gente son los franceses?

Voitek reflexionó. Había oído afirmar á cuantos le aventajaban en edad que los franceses vencían siempre á sus enemigos. Sabía además que era un pueblo extranjero. Pero

¿cómo explicar á Bartek lo que es un pueblo extranjero? Repitió la pregunta:

—¿Deseas saber qué gente son los franceses?

—¡Sí!

Voitek conocía tres naciones. Al centro los polacos, á un lado los moscovitas, al otro los alemanes. Alemanes los había de muchas clases. En fin, deseando expresarse con claridad contestó á Bartek:

—¿Cómo te lo explicaré? Son exactamente iguales á los alemanes, y aún peores.

—¡Oh! ¡los infames! refunfuñó Bartek.

Un miedo muy grande á los franceses empezó á posesionarse de su ánimo, al creerlos peores que los prusianos, tan crueles para los polacos.

—Los franceses jamás han sido derrotados, y aquellos á quienes persiguen en vano intentarían escapar. Un soldado francés vale por dos ó tres de los nuestros. Tienen barba como los judíos. Los hay negros como el diablo. A la vista de este pueblo no debes hacer otra cosa que encomendar tu alma á Dios...

—Y ¿por qué luchamos contra ellos?

Esta filosófica pregunta no era en realidad estúpida, por lo que Voitek apresuróse á contestar:

—Es pueblo que nos detesta. Dicen que se empeñaba en entrar *vodka* (1) de matute,

(1) Bebida semejante al aguardiente.

y el Gobierno no quiere tolerarlo. Esta es la causa de la guerra. ¿Comprendes?

—¿Por qué no lo comprendería? dijo Bartek con resignado acento.

Voitek prosiguió:

—Son gentes que persiguen las mujeres como los perros el queso.

—¿Y no permitirán que Magda huya?

—No dejan huir ni á las viejas más viejas.

—¡Oh! exclamó Bartek, en tono que equivalía á decir «¡siendo así, lucharé!»

Porque esto le parecía excesivo: que los franceses hagan cuanto quieran, pero que dejen á Magda tranquila.

Entonces Bartek pensó que esta guerra debía hacerse para defender los propios intereses, y sintió renacer su valor considerando que tantos hombres y cañones se movilizaban para defender á Magda.

El sol había desaparecido. Anohecía; el tren corriendo sobre accidentada vía sacudía hombres y armas.

Pasaron horas. Bartek tardó mucho en conciliar el sueño. En su ánimo se agitaban mil pensamientos de guerra, Magda, Pogumbin, los franceses y los alemanes. Parecíale hallarse atado al asiento, y que deseando levantarse le era imposible. Adormecióse, pero su sueño era intranquilo, turbado por constante pesadilla. Tuvo fantásticas visiones. Primero vió sus dos perros



—¡Ah! ¡estúpida bestia polaca!...

luchar con salvaje encarnizamiento. Armado de un bastón se lanzó sobre ellos para separarlos, cuando un francés muy negro sentóse al lado de Magda. El francés parecía encantado, y riendo mostraba sus blancos dientes. Otros franceses burlándose lo señalaban con el dedo... Retumbó el cañón y creyó que los franceses gritaban: ¡Magda! ¡Magda!

—¿Queréis callar, vil canalla, y dejar esta mujer?

Pero ellos no cesaban de gritar: ¡Magda!

Los perros ladraban furiosamente. El pueblo acudió en masa, y atacando á los franceses decía: «¡No abandonaremos esta mujer!» Bartek saltando furioso, se arroja sobre un francés y cogiéndole la cabeza...

De súbito un puñetazo formidable seguido de un segundo despiertan al dormilón; todos los hombres estaban despiertos. En su sueño el infeliz Bartek se había arrojado sobre el cabo y le arrancaba la barba. Firme, rígido, militarmente rígido, quedóse asustado, temblando de terror. El cabo furioso le mostraba los puños, y gritaba hecho un energúmeno:

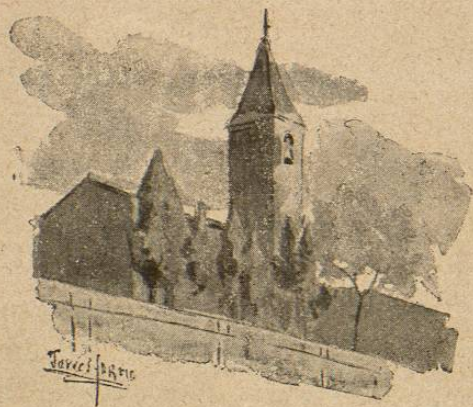
—*Ach Sie! Dummes Vieh aus der Polakei! Haue ich Lummel in die Fresse, das ihm die Zähne aus dem Maule herausfliegen werden!*

—¡Ah! ¡estúpida bestia polaca! ¡toma! ¡A puñetazos te haré saltar las dientes de las mandíbulas!

Bartek, rígido como barra de hierro, permanecía inmóvil. Los soldados se mordían los labios para contener la risa. Les asustaba la cólera del cabo que seguía rugiendo: —¡Infame polaco! ¡Infame Polonia!

Renació la calma; Bartek volvió á dormirse... Y parecióle que el cañón rugía repitiendo siempre incansable: ¡Magda! ¡Magda!

Profunda tristeza embargaba su ánimo, y se creía el más desgraciado mortal.



CAPÍTULO TERCERO

AMANECE, la pálida luz invade el vagón. Los soldados duermen, unos con la cabeza colgando y sacudiéndola sobre el pecho, otros apoyados en el respaldo del banco en posiciones las más incómodas.

El sol se levanta cual ígneo globo.

Los hombres despiertan, y con sorpresa ven que cruzan un país desconocido... ¡Ah! ¿dónde estáis Poguembin, Kryvda y Mizeron? ¡Cuán diferente y cuán extraño les parecía! Veían gigantescas encinas seculares: en los

valles casas de techumbres rojas, paredes vestidas de plantas trepadoras, y las habitaciones rodeadas de ufanos viñedos, eran hermosas como palacios.

Las iglesias tenían puntiagudas torres. Más lejos se extendía alegre campo de trigo joven. Los poblados sucedíanse con frecuencia. El tren sin detenerse pasa numerosas estaciones de escasa importancia. Los pueblos debían celebrar algún importante suceso, pues se observaba desusada animación. Calmoso, solemne, salía el sol de entre las colinas. Matsek inició en alta voz la oración: «Padre nuestro, etc.» Los demás la repitieron devotamente... Los primeros rayos del sol iluminaron los rostros graves, respetables, de aquellos soldados.

El tren se detuvo. Multitud de gentes corrieron á darles noticias de la guerra: ¡era una victoria, una gran victoria! La noticia había llegado hacía breves horas. Temían un desastre, y este temor fué la causa de la inmensa alegría. Hombres y mujeres á medio vestir rodeaban el tren agitando pañuelos y algunas banderas. Regalaron á los soldados cerveza, cigarros, tabaco. Y eco de aquel entusiasmo el canto *Die Wacht am Rhein* levantóse cual rugido de tempestad.

La gente daba á los viajeros cuanto poseía. ¡Aquello era el delirio!... ¡Pero, imagináis qué victoria! ¡Cuántas banderas y cañones cogidos al enemigo!!...

La alegría se comunicó á los soldados, quienes comenzaron á cantar. El tren temblaba al influjo de aquellas voces formidables, y la multitud escuchaba el canto sin entender palabra.

Los hombres de Poguembín cantaban:

¡Bartosh, Bartosh! ¡No pierdas la esperanza!

—¡Polonia! ¡la Polonia! gritó el pueblo empujándose para ver de cerca los soldados cuyo valor oyera ponderar.

El aspecto de Bartek era terrible: grueso, largos bigotes, ojos salientes y corpulencia enorme. Lo miraban cual si fuera un curioso animal. ¡Los alemanes tenían en aquellos hombres valiosos defensores!

—¡Bueno será que los franceses procuren guardarse de los puños de aquél! decían señalando á Bartek.

Bartek sonreía satisfecho. Era feliz sabiendo que los franceses habían sido derrotados. Ya no llegarían á Poguembín, ni molestarían á Magda, ni se apoderarían de su hermoso campo.

Comió salchichón con voraz apetito. Uno tras otro vaciábanse en su boca, cual en profunda caverna, los vasos de cerveza. Le dieron cigarros, *pfennigs* (1). Nada rehusó.

(1) Moneda alemana de cobre.

—¡Son valientes los alemanes! Oye, decía á Voitek, han vencido á los franceses, ¡y tú afirmabas que eran invencibles!

Pero el escéptico Voitek contestó con triste expresión:

—Cuando la lucha empieza los franceses suelen dejarse vencer para que el enemigo avance confiado; pero después ¡ah! después, ¡pobre amigo mío!!

Voitek, al opinar así, ignoraba que media Europa era de igual opinión, y que él y esta mitad de Europa se engañaban.

Prosiguió el tren su camino. Cuantas casas vieron los soldados estaban engalanadas con banderas nacionales. En varias estaciones debieron permanecer largo tiempo, pues se cruzaban numerosos trenes. Acudían soldados de todas las provincias alemanas. Adornaban los vagones con flores y ramaje. Atados en la parte superior de la lanza guardaban los hulanos los ramos de flores que les regalaron durante el viaje. Entre los hulanos había numerosos polacos, quienes al cruzarse con el coche en que iban Bartek y sus compañeros gritaron:

—¡Buena suerte, muchachos! ¡que Dios os proteja!

Y entonaron un cantar de todos bien conocido:

De Sandomir desde el opuesto lado
Hermosa joven despide al buen soldado.

Al oírlo Bartek y sus camaradas lo terminaron cantando:

—¡Adiós, soldado, no olvides mi amor:
Y Dios recompensará nuestro dolor!

Tristes é inquietos salieron de Poguembin, y ahora estaban alegres y henchidos de entusiasmo.

Sin embargo, el primer tren de heridos que de Francia llegaba fué jarrón de agua helada para el fuego de aquel entusiasmo.

Todos corrieron á ver los enfermos. Algunos venían en coches cerrados; pero otros, colocados en coches abiertos, podían ser vistos con facilidad. Bartek mira y siente que disminuye, que le abandona el valor.

—¡Voitek, corre! grita, aterrorizado; ¡contempla qué hicieron los franceses á estos pobres soldados, y dime sino horroriza!

De pálidas caras, desfiguradas por la pólvora mezclada con sangre, salían maldiciones contra la guerra. Cuantos podían levantarse extendían las manos ardientes por la fiebre y clamaban: «¡Agua! ¡Agua!» De vez en cuando uno moría: apretaba los dientes, agitábase, y después de postrera convulsión entregaba su alma al Criador.

Bartek veía por vez primera las consecuencias de la guerra.

En su mente nacieron nuevos temores.

Quedóse mirándolos inmóvil, abierta la boca. Un jefe debió empujarle, y un sargento á culatazos le recordó que debía andar. Buscó á Voitek y al hallarlo exclamó:

—¡Voitek, Dios nos asista!

—¿Qué sucede?

—¡Jesús y María! ¡Y así se matan los pueblos! Cuando en el villorrio un hombre hiere á otro hombre, interviene la policía y castiga al que hirió.

—Verdad es, pero en la guerra es mejor quien más hombres mata. ¿Creíste quizás, infeliz Bartek, que, como en las maniobras, te limitarías á gastar pólvora en salvas?

No cabía duda: enorme diferencia separaba la teoría de la práctica.

Bartek era soldado. Sabía que en la guerra debían matarse; pero la vista de la sangre de los heridos y los horrores de la lucha causóle emoción tan profunda, que á duras penas lograba tenerse en pie.

En una estación, entre Deutz y Colonia, vió los primeros prisioneros franceses. Curiosa multitud les rodeaba y miraba sin odio.

Bartek forcejó por abrirse paso; quería, ansiaba ver; acercóse al tren y su asombro fué grande.

Vió soldados de infantería envueltos en pardas mantas. Sucios y de corta talla, venían en los coches prensados cual arenques en barril.

La idea que de los franceses hicieronle concebir las explicaciones de Voitek era muy distinta de aquella realidad. Cobró ánimo, y dirigiéndose á Voitek que le acompañaba, dijo:

—Pero ¿qué explicaste? ¡Mira, son infelices hombrecillos! Si dejaba caer mi puño sobre su cabeza, de un golpe mataba tres.

—Pues habrán cambiado mucho, contestó Voitek visiblemente contrariado.

—¿Qué lengua hablan?

—¡Oh! ten por cierto que no es la polaca.

Bartek paseó su mirada por los restantes coches, y terminado el examen exclamó rebosando satisfacción:

—¡Hombrecillos! ¡Nada más que hombrecillos!

En el siguiente vagón había zuavos. Estos preocuparon seriamente á Bartek. Sentados en departamentos cerrados, era difícil verles, siendo menester acercarse á las abiertas puertecillas para admirar su larga barba y aguerrido aspecto, su arrogante porte, piel curtida y brillantes ojos. El valor de Bartek comenzó á flaquear.

—Estos son peores, murmuró en voz baja como si temiera ser oído.

—Espera, pues aun no viste los que nunca se dejan coger.

—¡Dios nos libre!

—Paciencia, y los verás.

Terminado el examen de los zuavos continuaron sus investigaciones.

Ante el siguiente coche Bartek retrocede.

— ¡Ah! ¡Dios Eterno! ¡Voitek! ¡corre! ¡sálvame!

Por las abiertas puertecillas veíase la negra figura de un turco, cuyos blancos ojos movía cual ciervo herido. Su aspecto revelaba dolor.

— ¿Qué te pasa? preguntó Voitek.

— Es, contestó Bartek, es ó debe ser el diablo. ¡No puede ser un soldado!... ¡Dios mío! ¡perdonad mis pecados!

— ¡Mira, insistió Voitek, mira qué dientes!!

— ¡No quiero mirar!...

Después de largo silencio, Bartek preguntó:

— ¡Voitek!

— ¿Qué?

— ¡Si fuese cristiano quizás tendría compasión!...

— Los paganos la desconocen...

.....
Dieron orden de partir. Al extenderse la noche por la tierra el tren se los llevó. Bartek veía siempre brillar los ojos blancos en la negra faz del turco, y entre los sentimientos que agitaban el corazón del guerrero de Poguembin era difícil prever sus hazañas futuras.



— ¡Ah! ¡Dios Eterno! ¡Voitek! ¡corre! ¡sálvame!